

Entre otras aportaciones destacadas de *Mapas y Civilización* se puede mencionar también la profusa relación de notas, a través de las cuales el autor, además de realizar observaciones complementarias al contenido del texto principal, explica de manera exhaustiva qué autores, publicaciones, archivos, catálogos y otras fuentes documentales resultan fundamentales para la profundización del estudio de cada uno de los aspectos abordados en el libro. El hecho de que ocupen un apartado específico, a modo de apéndice al final de la obra, en vez de situarse a pie de página, como es habitual, incomoda en cierto modo la lectura, aunque permite, por otro lado, la inclusión de un mayor volumen de información adicional. Junto al apartado de notas se incorporan otros cinco apéndices interesantes: un esquema explicativo de las diferentes proyecciones cartográficas desarrolladas a lo largo de la Historia; una relación de los diferentes tipos de isolíneas empleadas en cartografía y su aplicación; un amplio glosario de términos técnicos cartográficos contemporáneos; la relación de fuentes de las que se han obtenido las figuras representadas en la obra, con indicación del método de reproducción empleado y el lugar que ocupan en el texto; y como particularidad de la edición en castellano, una introducción bibliográfica a la Historia de la cartografía española, realizada por Francesc Nadal.

Con la finalidad de aproximar al lector a la producción cartográfica realizada en España, Nadal explica el origen y desarrollo de los estudios relativos a la historia de la cartografía hispana. Estableciendo como punto de partida la publicación en 1629 del *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*, de Antonio de León Pinelo, la continuidad de esta línea de investigación se identifica con la obra de Andrés González de Barcia, a comienzos del siglo XVIII, y la de Isidoro de Antillón y Martín Fernández de Navarrete, durante la primera mitad del siglo XIX. Francesc Nadal señala cómo a partir de ese momento crece el interés por el estudio de la cartografía española y se multiplican las publicaciones. De hecho, la enorme dispersión de la bibliografía de la segunda mitad del siglo XIX y del primer tercio del XX en un copioso número de publicaciones ha motivado que el profesor Nadal se haya inclinado por un listado bibliográfico de trabajos más recientes, los publicados entre 1939 y 2001, en el que reseña, no obstante, más de cuatrocientos títulos.

Es destacable la calidad y cantidad de las reproducciones de mapas y planos, completas o parciales, que aparecen a lo largo de la obra, generalmente representadas a escala reducida. Pese a no incluir reproducio-

nes en color, se trata de ilustraciones bastante correctas en lo que a la percepción de la información se refiere, pues el condicionante que supone el formato pequeño del libro no dificulta, en la mayoría de los casos, la interpretación del contenido. Acompañan a los mapas y planos la representación de numerosas proyecciones cartográficas, además de dibujos, croquis y bloques diagramas, que completan un conjunto de noventa y cinco figuras distribuidas de manera homogénea a lo largo de los nueve capítulos. A diferencia de lo que ocurre en otros manuales, como el de G. R. Crone, en el que se concentran las ilustraciones en una serie de páginas específicas, en *Mapas y Civilización* las figuras se ubican de manera más adecuada, desde el punto de vista del lugar que ocupa el contenido del texto que a ellas hace referencia.

Una obra interesante por cuanto sintetiza los resultados de la prolija investigación científica sobre Historia de la cartografía para cumplir eficazmente la función de apoyo a la docencia universitaria, de consulta para profesionales, y de aproximación a la interpretación crítica de la cartografía para todo lector no especializado. Aunque gestada en el ámbito universitario, más allá de su utilidad para estudiantes, profesores o profesionales, pretende captar el interés de quienes, aficionados a la observación de mapas, no poseen una formación específica en la materia, como bien queda reflejado en la cita que precede al prefacio del libro, correspondiente a la obra de Thomas Blundeville *A Brief Description of Universal Mappes and Cardes and Their Use*, editada en Londres en 1589

«Yo veía diariamente a muchos que se deleitaban mirando mapas, pero por falta de experiencia en geografía desconocían de qué manera habían sido trazadas las líneas, o qué significaban éstas, o incluso el verdadero uso de los mapas».

JUAN SEVILLA ÁLVAREZ

*Un repertorio de planos temáticos de Madrid**

La cartografía temática es en sí misma un eficaz método de investigación, especialmente fértil para el análisis de los espacios urbanos. Hace ya diez años que el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona

* PINTO CRESPO, Virgilio (Director): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad (1850-1939)*. Fundación Caja Madrid y Lunberg Editores, Barcelona, 2001, 514 págs.

publicó el *Atlas histórico de ciudades europeas. Península Ibérica*, obra valiosa, aunque acaso prematura, porque ponía de manifiesto la limitación de los materiales entonces disponibles. Por eso, la edición de un atlas histórico de Madrid es, en sí misma, un hecho destacable.

Los contenidos de un primer volumen, aparecido en 1995, penetraban con amplitud en la segunda mitad del siglo XIX; incluía aquel volumen algunos análisis muy valiosos, desde nuestro punto de vista. El segundo volumen (la obra constará de tres), que es del que nos ocuparemos aquí, abarca un período algo solapado con el tomo anterior, pues va desde 1850 al final de la guerra civil de 1936-1939.

Pero a pesar del título, no estamos realmente ante un atlas, sino ante una historia ilustrada con abundantes imágenes, 114 de las cuales (el 24% del total) son planos, mientras que el resto son gráficos y, sobre todo, grabados y fotografías. Por tanto, el texto y las imágenes no cartográficas ocupan la mayor parte de las páginas haciendo que el título de la obra resulte algo engañoso.

Los contenidos de este volumen se estructuran en dos grandes apartados: «Los cambios urbanos. De Corte a capital del Estado o metrópoli», y «Capital, ciudad: Espacios de poder, espacios de sociabilidad», los cuales se subdividen en un total de 24 epígrafes, más un epílogo, que han corrido a cargo de 18 autores. Toda obra en la que intervienen un número elevado de autores resulta inevitablemente desigual, y esta no es una excepción. No es ese un problema importante, pues todos los capítulos se hallan, al menos, en el nivel de lo discreto, si bien algunos, aunque brillantes, se encuentran más próximos al «ensayo» (Baker) que al rigor histórico perceptible en otros (Cortizo y Sobrino, por ejemplo).

Más entidad tiene la ausencia de tratamiento de ciertos asuntos, o el escaso desarrollo de otros. Por ejemplo, el espacio residencial apenas tiene representación, frente al trato que se le da a los espacios institucionales, o a los de ocio. Pero incluso en estos últimos apenas hay representación cartográfica, tan sólo la localización en el plano de la ciudad mediante puntos, o fotografías, siendo raros los planos de edificios o la representación del espacio ocupado por ellos. Así, no se visualizan las tipologías de plazas de toros, teatros, cines, frontones o campos de fútbol, pero tampoco las de cuarteles, asilos, colegios religiosos, centros públicos de enseñanza, hospitales, etc; ni las estaciones, reducidas a la imagen del simple edificio de viajeros, mien-

tras se olvidan los espacios de las playas de vías, depósitos de locomotoras, talleres y oficinas, de singular dimensión física y laboral en una ciudad como Madrid. En general se omite la consideración de todos los lugares de trabajo, ya sea industrial, comercial, financiero, administrativo o de otra clase.

Es cierto que a cualquier obra de este género, incluso a las más meritorias, se le pueden encontrar limitaciones o carencias; es la servidumbre de hacerlas, e insistir en ello puede no ser justo. En cuanto al texto hay que aceptar la obra tal como es. Ahora bien, en cuanto a la cartografía resulta más difícil esa aceptación, pues si los autores de los textos se mueven dentro de su oficio de historiadores, la cartografía, cuya autoría no se explicita, es evidente que está aquejada de falta de oficio.

Para hacer cartografía temática no basta con conocer las técnicas informáticas. Antes, y por encima, de eso está el conocimiento de los principios generales de la Cartografía y de la Semiología gráfica, y en ese terreno las limitaciones son muchas, y van desde cuestiones de detalle hasta errores de concepción. Así, en contra de la bien fundada práctica habitual, en la gran mayoría de los planos el título se coloca al pie y a la izquierda, en letra de cuerpo insuficiente e impreso, además, sobre fondo de color; las cartelas, en cambio, en vez de estar situadas en el ángulo inferior derecho, que es lo generalmente aceptable, en el 71% de los casos se sitúan en el borde superior, dificultando su lectura. En páginas contiguas (364 y 365) para representar un mismo fenómeno (localización de los cafés) en dos fechas distintas se utilizan planos de escala diferente. Mayoritariamente, los planos no tienen escala, ni gráfica ni numérica, y en los que la tienen hay errores evidentes. Hubiera bastado con dotar a las bases de escala gráfica y no se darían las equivocaciones de bulto que aparecen (por ejemplo, los planos 69 y 70, de escala muy diferente, llevan la misma escala numérica). Con todo, estas no dejarían de ser cuestiones de detalle, si se quiere.

Más entidad tiene el que no pocas cartelas estén mal concebidas, caso de la del plano 27, donde se utilizan 29 tonos distintos de color, lo que, como es obvio, hace la representación totalmente ineficaz, pues el ojo humano no puede retener esa gama. Para no extendernos más, sólo añadiremos que la mayoría de los planos están sobredimensionados, lo que únicamente sirve para dificultar la lectura. En cuanto a los gráficos, los hay tan absolutamente ineficaces (página 56, por ejemplo) que denotan un absoluto desconocimiento de las más elementales normas gráficas.

En resumen, esta historia de Madrid, de textos estimables, va acompañada en este segundo volumen de una cartografía que, salvo excepciones, deja bastante, o mucho, que desear, lo que hace de ella una ocasión perdida de haber construido un verdadero atlas histórico del período estudiado, tanto por lo que se omite como por los defectos de no pocos de los planos que se incluyen.— FRANCISCO QUIRÓS LINARES

* * *

LITER MAYAYO (Carmen) y SANCHIS BALLESTER (Francisca): *La obra de Tomás López. Imagen cartográfica del siglo XVIII*. Biblioteca Nacional, Madrid, 2002, 570 págs.

Los autores de esta obra, que previamente habían publicado *Tomás López y sus colaboradores* (Biblioteca Nacional, Madrid, 1999), valioso repertorio en el que se recogen los nombres de quienes aportaron datos o materiales para la obra cartográfica de aquél, publican ahora el catálogo de la cartografía de Tomás López y de sus hijos Juan y Mauricio.

En una breve síntesis de diez páginas se da cuenta de la trayectoria profesional de los mismos, como introducción al catálogo de sus mapas confeccionado, fundamentalmente, sobre la base de los conservados en la Biblioteca Nacional española, más otras cartotecas, como la del Centro Geográfico del Ejército y algunas particulares, hasta contabilizar un total de 389 entradas, sin contar las variantes.

Del examen de estas entradas se deduce que el 42% de los mapas y planos que ejecutaron los López (entre 1755 y 1836) está dedicado a España y Portugal, el 21% a otros países europeos, y el 24% a América, quedando un 13% para los demás continentes.

De cada mapa se ofrece una reproducción, ficha catalográfica y descripción, y su historia tipográfica cuando procede, además de especificarse las variantes, cuando las hay. Acompañan al catálogo la descripción del contenido de los 15 atlas conocidos de López, el índice de las instituciones de base territorial reflejadas en los mapas de España, la relación de la cartografía de López ordenada por fechas, y un índice toponímico. Obra de evidente utilidad, permite además conocer con precisión la dimensión y naturaleza de la cartografía de los López. No obstante, se aprecia alguna omisión sensible, como, por ejemplo, el mapa de postas incluido en la conocida obra de Rodríguez Campomanes.— F. Q. L.